

DE LA CODICIA AL CREDO

LAS MEMORIAS DE EDWARD KENWAY



EL CRONISTA
ERRANTE

UNA CRÓNICA FAN INSPIRADA EN ASSASSIN'S CREED IV: BLACK FLAG

EL CRONISTA ERRANTE

DE LA CODICIA AL CREDO

Las memorias de Edward Kenway

Una crónica fan inspirada en Assassin's Creed
IV: Black Flag

Para quienes alguna vez buscaron la libertad más allá del
horizonte.

NOTA DE EDICIÓN

Edición digital gratuita preparada por El Cronista Errante. Texto narrado en primera persona.

Esta publicación es una obra fan no oficial y sin ánimo de lucro. Assassin's Creed IV: Black Flag, sus personajes, escenarios y marcas pertenecen a sus respectivos titulares. El Cronista Errante no está afiliado, patrocinado ni respaldado por Ubisoft.

Edición novelada centrada en las memorias de Edward Kenway, su tránsito de la piratería al Credo y el legado de su familia.

Versión 1.0 · 2026 · elcronistaerrante.com

CONTENIDO

EL PRECIO DE UN SUEÑO	4
UN TRAJE MANCHADO DE SANGRE	8
EL VUELO DEL JACKDAW Y LA REPÚBLICA LIBRE	15
CENIZAS EN EL PARAÍSO	21
ESPEJISMOS DE ORO Y TRAICIÓN	26
EL ABISMO Y LA PÉRDIDA	31
EL RENACER BAJO EL CREDO	38
UN NUEVO HOGAR, UNA VIEJA SOMBRA	43

PRÓLOGO

EL PRECIO DE UN SUEÑO

El fuego de mi salón crepita con educación. Eso es lo peor de los fuegos ingleses: hasta las llamas parecen conocer su sitio. Arden detrás de una verja de hierro, calientan el mármol justo lo necesario y jamás se atreven a escupir una chispa sobre la alfombra. Fuera, Londres se ha borrado bajo la niebla. Dentro, los criados duermen y el reloj del pasillo cuenta los segundos con la solemnidad de un juez.

Yo no oigo el reloj. Oigo aparejos tensándose en la tormenta. No huelo cera ni té, sino salitre, brea y pólvora. Cuando cierro los ojos, la alfombra se inclina bajo mis botas y la casa entera adopta el balanceo del Jackdaw.

Hay noches en que basta una ráfaga contra los cristales para devolverme al Caribe.

Allí fui capitán. Corsario, pirata, ladrón y, durante una época que ahora me cuesta reconocer, el hombre más satisfecho consigo mismo que haya empuñado un sable. Hundí barcos de tres coronas, robé cargamentos capaces de comprar un condado y brindé con hombres cuyos nombres aún hacen bajar la voz en las tabernas. Si alguien me hubiera dicho entonces que acabaría envejeciendo frente a una chimenea, le habría vaciado la jarra en la cabeza y le habría cobrado otra por la insolencia.

No nací en Bristol, como algunos han contado. Nací en Swansea, en Gales, y crecí con el mar rondándome la sangre. Después viví cerca de Bristol, trabajando una tierra que nunca

llegó a quererme y que yo correspondí con idéntico desprecio. No era un desdichado todos los días. Conviene decirlo. También reía, bebía demasiado, ganaba peleas que no me concernían y perdía dinero que no tenía. Pero cada amanecer me encontraba mirando el mismo barro y preguntándome si aquello era todo cuanto el mundo pensaba concederme.

Entonces conocí a Caroline Scott.

Su familia tenía dinero, modales y una opinión muy concreta sobre mí. Yo carecía de las tres cosas. Su padre me consideraba un bribón; por una vez, un hombre rico había acertado. Caroline, sin embargo, veía algo que yo aún no sabía ver. Renunció a comodidades que yo envidiaba, se enfrentó a los suyos y eligió una casa pobre conmigo. Me quiso sin exigirme hazañas. Ese fue el regalo que no supe aceptar.

Una tarde me encontró remendando el techo bajo la lluvia. El agua me corría por la cara y yo maldecía cada teja, cada nube y a todos los santos de Gales.

—Podríamos poner un cubo —dijo desde la puerta.

—Podríamos tener un techo que no necesitara cubos.

—También podríamos tener dos cubos. Seríamos gente próspera.

Me reí a pesar de mí mismo. Caroline poseía ese talento: podía desarmar mi orgullo sin humillarme. Pero aquella noche, en la taberna, escuché hablar a unos corsarios regresados de las Indias Occidentales. Llevaban hebillas de plata, cicatrices nuevas y mentiras magníficas. Contaron que en el Caribe un hombre con valor podía hacer en una temporada la fortuna de toda una vida.

Yo solo oí la palabra fortuna.

Le dije a Caroline que me marcharía un año. Dos a lo sumo. Volvería con dinero suficiente para comprar tierras, reparar todos los techos de Inglaterra y obligar a su padre a

estrecharme la mano. Ella me escuchó junto al muelle, con el cabello pegado a las mejillas por la llovizna.

—No necesito que regreses convertido en otro hombre, Edward.

—Regresaré siendo el mismo, pero con mejores botas.

Quise hacerla sonreír. No lo conseguí.

—Lo que quieres no tiene final —dijo—. Siempre habrá una casa mayor, otro hombre más rico, una mirada que te parezca un desprecio.

Yo contesté que lo hacía por los dos. Durante años repetí aquella mentira hasta creerla. La verdad era menos noble: no soportaba que Caroline pudiera amarme antes de que yo hubiera demostrado mi valor. Confundía ser respetado con ser temido, y una vida digna con una bolsa pesada.

La dejé en el muelle.

No hubo música. Ninguna gran frase. Solo una mano que se soltó de la mía y una figura que se hizo pequeña entre la lluvia mientras el barco abandonaba la costa. Pensé que volvía la espalda a la pobreza. En realidad, volvía la espalda a la única riqueza que ya poseía.

El Caribe cumplió su promesa. Me dio oro, un barco, una bandera y una leyenda. También me dio amigos a los que no merecí, enemigos que comprendí demasiado tarde y tumbas que todavía visito en sueños. Me enseñó que un hombre puede conquistar el horizonte entero y seguir siendo esclavo de aquello que lleva dentro.

Esta casa existe porque partí. Mis hijos durmieron bajo un techo firme porque yo crucé el océano. Sería fácil fingir que eso justifica el precio. Los viejos somos expertos en ordenar los recuerdos hasta que parecen decisiones sensatas.

Pero el mar no permite ese engaño. El mar devuelve todo lo que uno arroja en él.

Esta es la historia de lo que fui antes de comprenderlo: de un galés que quiso comprar su nombre, de un pirata que vistió la ropa de un muerto y de un hombre que necesitó perder casi todo para descubrir que la libertad sin responsabilidad no es libertad, sino hambre.

Me llamo Edward James Kenway.

Y si aún os interesa escuchar a un viejo mentiroso decir por fin la verdad, acercaos al fuego. La noche será larga.



CAPÍTULO 1

UN TRAJE MANCHADO DE SANGRE

El mar no tiene piedad. Nunca la ha tenido. Es una tumba fría, inmensa y hambrienta. Hoy, sentado frente al hogar de mi casa en Londres, con los huesos doliéndome por el peso de los años, aún puedo sentir aquel frío helado. Aún saboreo la sal.

Aquel día de junio, el cielo era un manto de plomo. Negro como la brea. La tormenta aullaba. Un ruido sordo, ensordecedor. Yo era un joven corsario. Un necio cegado por la promesa del oro, navegando en un cascarón de madera astillada que se deshacía a cada embate de las olas. Estábamos rodeados. Los cañonazos enemigos retumbaban por encima del trueno. El océano se tragaba los gritos de mis compañeros. Olía a salitre. A pólvora mojada. A azufre y a muerte.

Entonces, llegó el infierno.

Un destello ciego. El impacto. La Santa Bárbara saltó por los aires. Una explosión brutal me reventó los oídos. El calor me abrasó la cara. El fuego lamió la cubierta, devorando la madera y la carne por igual. Salí despedido. Un muñeco roto arrojado al vacío.

El choque contra el agua me vació los pulmones. Oscuridad absoluta. El océano me arrastró hacia el fondo. Manos heladas tirando de mis botas. Luché. Braceé como un animal acorralado. El pánico me atenazaba la garganta. Mis músculos se desgarraban. Necesitaba aire. Solo tragué agua. Agua salada,

sucia, mezclada con alquitrán y sangre. Un sabor a bilis y a final. La superficie era una plancha de fuego líquido. Arrastrándome entre maderos ardiendo, logré sacar la cabeza. Tosí. Escupí el océano. Braceé contra una corriente que quería tragarme entero. No iba a morir así. No siendo un don nadie. No sin un puñado de reales que justificaran mi miseria.

La arena raspó mis nudillos. El Cabo de Buena Vista. Arrastré mi cuerpo moribundo por la orilla. El peso de la ropa empapada me aplastaba contra el suelo. Jadeaba. Cada respiración era arena y fuego en el pecho. Estaba vivo. Despedazado, roto, pero vivo.

El sol apretaba. Implacable. Un calor sofocante, húmedo, que derretía los sesos y te pegaba la lengua al paladar. Apenas podía mantener los ojos abiertos. El sudor y la sal me escocían. Me puse en pie a duras penas. No estaba solo.

Había otro superviviente. Un hombre. Vestía ropas finas. Una túnica extraña. Una capucha que ocultaba su rostro. Era Duncan Walpole. Un Asesino traidor. Aunque, por aquel entonces, yo no sabía qué diablos significaba esa palabra.

Me habló con desdén. La arrogancia de los que nunca han pasado hambre. Me ofreció dinero a cambio de llevarlo a La Habana. Un error. Yo era un pirata, un bribón sin un lugar donde caerse muerto. Olí la debilidad. Olí el oro. Quise quitárselo. Él desenfundó. Apretó el gatillo. El percutor chasqueó en vano. Pólvora mojada. Echó a correr.

Lo perseguí. La selva era un infierno verde. El aire era denso, pesado, imposible de respirar. Cada zancada era un suplicio. Botas hundidas en el lodo. Hojas afiladas cortando mis mejillas. La maleza me arañaba las manos. Mosquitos y moscas zumbando en mis oídos, bebiendo de mis heridas. Él estaba cojo. Sangraba. Exhausto. Pero yo tenía hambre. Un hambre atroz de salir de mi agujero.

Lo alcancé al borde de un barranco. No hubo heroísmo. Ningún duelo de caballeros sacado de las historias que cuentan en las tabernas. Fue sucio. Despiadado. Barro, jadeos, golpes ciegos. Un forcejeo desesperado entre dos bestias heridas. Esquivé su filo. Agarré mi espada. Hundí el acero en su pecho. Un sonido sordo, asquerosamente húmedo. El acero partiendo el hueso y rasgando la carne. Walpole se atragantó con su propia sangre. Me miró a los ojos, boqueando, y se desplomó. Lo maté por supervivencia y pura codicia.

Su cuerpo yacía inerte en la tierra pútrida. Me dejé caer a su lado, escupiendo fango. Lo registré como el cuervo carroñero que era.

En sus bolsillos había cartas. Papeles manchados y arrugados. Iban dirigidas al gobernador de Cuba. Laureano de Torres y Ayala. Hablaban de una deserción. De mapas valiosos. De un pago generoso. Mi billete de salida.

Encontré un mecanismo atado a su antebrazo. Una hoja oculta. Un diseño perverso y brillante. El mecanismo estaba roto por la pelea, pero el filo seguía intacto, cortante como una navaja de afeitar. Me lo guardé.

Miré sus ropas. Luego miré mis harapos mugrientos. La decisión fue instintiva. Lo desvestí en silencio. Las telas eran gruesas. De buena factura. Me las puse. Me quedaban grandes. Pesaban. Estaban empapadas en su sudor y en la sangre que yo mismo acababa de derramarle. La tela, fría y roja, se me pegó al torso. Una sensación sórdida. Repugnante. Llevaba puesta la piel de un muerto. Un traje manchado de sangre. El olor a hierro y a carne sin vida me subía por la garganta.

Pero no me importó. Me miré las manos manchadas. Solo pensaba en la recompensa. En La Habana. En fingir ser él. El honor y la moralidad eran lujos de ricos. Yo solo quería dejar de ser pobre.

La Habana. Llegué semanas después.

La ciudad colonial era un espejismo de contrastes que te golpeaba los sentidos. Por un lado, la pomposidad imperial española. Enormes iglesias de piedra caliza brillando bajo el sol implacable. Tejas de arcilla. Balcones de madera tallada. Señores con ropajes de terciopelo que se abanicaban en la sombra. Por otro lado, la pura miseria. Calles de barro negro pisoteado. Perros famélicos rebuscando en la basura. El hedor insoportable de los muelles. Una mezcla nauseabunda a pescado podrido, especias rancias, sudor de esclavos, pólvora y orines. El aire olía a un imperio pudriéndose lentamente al sol.

Caminé por los adoquines ardientes. Disimulando. Ocultando mi paso torpe y mis modales de taberna bajo la elegante capucha del hombre muerto. Me infiltré en la inmensa mansión del Gobernador Torres. Mármol frío. Patios interiores con fuentes murmurantes. Cacatúas en jaulas de oro. Un lujo que offendía a la vista. Un lujo que yo quería para mí.

Me rodearon. Laureano de Torres. Woodes Rogers. Julien du Casse. Hombres crueles, engreídos y forrados de poder. Me llamaron Walpole. Me exigieron respuestas.

La tensión me oprimía el pecho como un corsé de hierro. El corazón me latía en las sienes. Un paso en falso, un acento mal fingido, una palabra fuera de sitio, y me colgarían de las murallas del castillo allí mismo. Mentí. Mentí mirándoles fijamente a los ojos. Frases cortas. Secas. Silencios largos para parecer misterioso. Me pidieron que demostrara mis habilidades con la hoja oculta. Me pusieron a prueba.

No dudé. Lo hice. El instinto tomó el control. Fui letal, rápido, preciso. Un talento natural para arrebatarse vidas que ni yo mismo sabía que albergaba.

Quedaron satisfechos. Torres habló. Un discurso grandilocuente y vacío. Me llamó hermano. Me dio un anillo. Se hacían llamar Templarios. Hablaban de enemigos. Los Asesinos. Una guerra oculta en las sombras. A mí todo aquello me sonaba

a charlatanería de viejos clérigos y locos. Asentí en silencio, contando mentalmente las monedas que me iban a dar.

Entonces, pronunció las palabras que marcarían mi ruina.

Habló de un hombre. El Sabio. Y de un lugar milenario. El Observatorio.

Un dispositivo oculto, dijo. Una máquina capaz de vigilar a cualquier persona, en cualquier rincón de la faz de la tierra, con solo una gota de su sangre. Hablaban de poder absoluto. De moldear reinos. De desestabilizar coronas, controlar mentes y apaciguar corazones.

Ellos veían orden. Veían un mundo dócil y sometido bajo su bota.

Yo los escuchaba y solo veía otra cosa. Yo no entendía de credos antiguos, ni de guerras secretas, ni del padre del entendimiento. Para mí, ese tal Observatorio era el botín final. El cofre del tesoro definitivo. La llave maestra para comprar el mundo entero y ponerlo a los pies de mi esposa en Inglaterra. La avaricia me devoró por dentro. La codicia borró cualquier rastro de miedo o cordura. Creí, en mi estúpida arrogancia, que ese secreto me haría inmensamente rico.

Torres no tardó en mostrarme al hombre del que hablaban. Se llamaba Bartholomew Roberts, aunque nadie en aquella casa parecía interesado en su nombre. Para ellos era el Sabio: una llave con piernas. Lo llevaron al patio encadenado, con la piel curtida por el sol y una expresión que no era miedo, sino aburrimiento. Cuando nuestras miradas se cruzaron, sonrió como si me reconociera de una vida que yo no había vivido.

Debíamos escoltarlo hasta la finca de Torres. Salimos por las calles de La Habana rodeados de soldados. Yo caminaba junto a Du Casse, intentando parecer un Asesino renegado y no un marinero que había aprendido a usar cubiertos aquella misma mañana. Roberts observaba tejados, balcones, callejones.

Contaba rutas de escape. Yo conocía esa mirada porque era la mía.

La emboscada llegó en una plaza abarrotada. Una bomba de humo rodó entre nuestras botas; después cayeron figuras encapuchadas desde los aleros. Los Asesinos no atacaron como soldados. Surgían, herían y desaparecían antes de que un hombre pudiera levantar el mosquete. El aire se llenó de gritos, acero y cal blanca. Vi a Roberts soltarse las cadenas con una habilidad que ningún prisionero debería poseer. Corrió. Torres ordenó atraparlo. Yo fui tras él porque había dinero en juego.

Lo seguí por tejados calientes y patios donde la gente huía apartando puestos de fruta. Estuve a punto de alcanzarlo junto al puerto. Roberts se volvió, me estudió durante un latido y saltó al agua entre dos embarcaciones. Ni rastro. Cuando regresé con las manos vacías, los ojos de Torres habían cambiado. Ya no miraba a un hermano; examinaba una pieza defectuosa.

Aun así, me pagaron. Debí coger aquellas monedas y desaparecer. En cambio, busqué a los Asesinos para venderles lo que sabía del Sabio. Mary Read me lo advertiría después muchas veces: yo no distinguía una oportunidad de una soga hasta tenerla alrededor del cuello.

Los hombres de Torres me encontraron antes de que cerrara el trato. No habían descubierto de golpe toda mi farsa; habían ido reuniendo mis errores: el acento, los modales, preguntas que Duncan Walpole habría sabido responder. Me golpearon en el muelle, me arrancaron el anillo templario y hallaron entre mis cosas las cartas del muerto. Rogers contempló el espectáculo con la tranquila satisfacción de un contable al cuadrar sus libros.

—El señor Walpole era mejor actor —dijo.

—Y yo sigo siendo más guapo —respondí, escupiendo sangre sobre sus botas.

Aquello me costó otro golpe, pero valió la pena.

Me encadenaron rumbo a la Flota del Tesoro. Mientras La Habana se alejaba, comprendí que el traje de Walpole me había abierto la puerta de una guerra que llevaba siglos librándose. Yo aún no creía en Templarios ni Asesinos. Creía en el precio del Observatorio.

Y ya había decidido que ninguna celda española iba a impedirme cobrarlo.



CAPÍTULO 2

EL VUELO DEL JACKDAW Y LA REPÚBLICA LIBRE

El oro es un amo embustero. Te promete una salida y, cuando la puerta parece abierta, te cobra hasta las bisagras. En La Habana yo había ganado una bolsa, perdido una identidad y atraído la atención de dos órdenes secretas. El balance no era favorable ni siquiera según mi flexible manera de llevar las cuentas.

Desperté en el vientre de la bestia, arrojado a las bodegas de un inmenso navío de la Flota del Tesoro española que ponía rumbo a Sevilla. La claustrofobia en aquel agujero era asfixiante, un peso físico que te aplastaba el pecho y te robaba el aire. Todo era una oscuridad densa y opresiva, rota únicamente por el vaivén enfermizo del barco al chocar contra las olas. Aquella bodega apestosa era un pozo de miseria humana; olía a sudor rancio, a vómito, a madera podrida y a enfermedades que te devoraban los pulmones lentamente. Pero lo que más me enloquecía, lo que me hacía hervir la sangre hasta nublarme la razón, era el roce maldito de los pesados grilletes de hierro mordiéndome los tobillos y las muñecas. El frío del metal era un recordatorio constante de mi fracaso.

Allí estaba yo. El gran Edward Kenway. El hombre que había abandonado a su esposa, que había cruzado un océano entero prometiendo volver bañado en riquezas, convertido de nuevo en un simple don nadie sin un mísero puñado de reales para caerse muerto. La rabia me consumía. Era un lobo acorralado, herido

en su orgullo, y me juré a mí mismo, en aquella oscuridad húmeda, que el Imperio español no iba a pisotearme. No iba a morir encadenado en las tripas de un barco extranjero.

Pero no estaba solo en aquel pozo de inmundicia. A mi lado, en la negrura más profunda, escuché el tintineo sordo de unas cadenas aún más pesadas. Había otro prisionero. Un hombre inmenso, una montaña de ébano con una voz profunda que parecía retumbar desde el centro de la tierra. Se llamaba Adéwalé. Un esclavo prófugo, nacido en la lejana Trinidad, que conocía la crueldad y la bajeza de los hombres mucho mejor que yo. Al principio, nos medimos en la oscuridad como dos fieras encerradas en la misma jaula. La desconfianza era nuestro instinto natural. Yo era un joven galés arrogante, un corsario renegado y egoísta; él, un hombre curtido por el dolor que había nacido encadenado y que estaba dispuesto a matar antes que volver a ser la propiedad de otro.

Sin embargo, la necesidad es el mejor pegamento para las alianzas imposibles. Nos unía la misma hambre feroz y primitiva: el hambre de libertad. Forjamos un pacto de acero en el silencio roto de aquella bodega. Con un esfuerzo titánico, desgarrándonos la piel, y con una astucia nacida de la pura desesperación, logramos deshacernos de nuestros grilletes. Adéwalé no era un simple bruto; era un hombre de una inteligencia afilada, implacable, un líder nato. Juntos, nos arrastramos por las sombras del navío, estrangulando a los guardias españoles que bajaban a inspeccionar y robándoles las armas. No hubo honor ni duelos de espadas en aquellas muertes, solo la cruda, sucia y visceral necesidad de sobrevivir. Fui liberando celda por celda, soltando a decenas de prisioneros sedientos de venganza.

Entonces, como si los mismos cielos hubieran escuchado nuestra furia, el océano rugió. Un huracán de proporciones apocalípticas se abalanzó sobre la flota del tesoro. El navío se agitaba violentamente, crujiendo como un moribundo en manos de un gigante invisible. Aprovechamos el caos de la tormenta

para asaltar la cubierta. Lideramos un motín sangriento que tiñó las tablas de rojo. La lucha en las entrañas y en la superficie del barco fue una carnicería ciega. Disparos de mosquete, el choque brutal del acero, la sangre resbaladiza bajo nuestras botas descalzas, los gritos agónicos de los soldados españoles que eran ahogados por el bramido del trueno.

La lluvia nos azotaba la cara como metralla, y los relámpagos iluminaban el desastre a nuestro alrededor. En medio de aquel infierno de agua y fuego, vimos nuestra única oportunidad de salvación: un veloz y hermoso bergantín español que se mecía peligrosamente cerca, apenas defendido por la confusión. Su nombre era El Dorado. Adéwalé y yo lideramos la carga, balanceándonos con los cabos bajo la tormenta. Caímos sobre su cubierta como demonios vengativos, masacramos a la resistencia y tomamos el control absoluto.

Por primera vez cerré las manos sobre el timón de un barco que no obedecía a rey, comerciante ni capitán borracho. El bergantín respondió con una ligereza que sentí en las plantas de los pies. Mientras los galeones españoles se dispersaban bajo el huracán, rompimos el muro de lluvia y buscamos mar abierto.

—Necesita un nombre —dije.

Adéwalé se apoyó en la borda, empapado y cubierto de sangre ajena.

—Necesita velas enteras, agua y una tripulación que no se desangre.

—Eso no cabe bien en la popa.

Lo llamé Jackdaw. Grajo. Un pájaro pequeño, ruidoso y testarudo, con debilidad por todo cuanto brilla. Adéwalé intentó no sonreír. Durante años aseguró que no lo había hecho.

Los hombres me eligieron capitán porque sabía llevar el barco entre arrecifes y porque fui el primero en agarrar el timón. A Adéwalé lo eligieron contramaestre porque, cuando él hablaba, incluso los necios escuchábamos. Aquel reparto salvó

mi vida más veces de las que puedo contar. Yo veía una presa; él calculaba el viento, las bajas y la comida. Yo prometía fortuna; él se aseguraba de que hubiese pólvora seca. En mi juventud lo llamé prudente con el tono que se reserva a los cobardes. Hoy sé que era la forma más exigente del valor.

Encontramos también un refugio en Gran Inagua, una isla que los Asesinos habían utilizado antes de que yo irrumpiera en su guerra con las botas sucias. Allí levantamos muelles, almacenes y un hogar para los hombres liberados de la flota. Yo lo veía como base de operaciones. Adéwalé lo veía como una comunidad. La diferencia parece pequeña hasta que un capitán empieza a gustar vidas como si fueran munición.

Navegamos hacia el norte, dejando atrás la muerte y la tempestad, hasta llegar al lugar que se convertiría en nuestro refugio. Nassau. La mismísima utopía de los condenados en las Bahamas. Descender a sus playas era entrar en un mundo completamente distinto. Era un nido caótico e indomable, un laberinto de tiendas de lona raída, madera podrida, arena blanca y un intenso sol que te derretía los sesos. Un lugar donde el olor agrio a sudor y pólvora se mezclaba con el perfume barato de las prostitutas y el aroma dulce, denso y embriagador del ron. Era el paraíso de la escoria, un rincón salvaje de la tierra sin reyes, sin leyes, sin malditos imperios que nos dijeran cuándo debíamos agachar la cabeza o a quién debíamos rendir pleitesía. Un santuario para los hombres rotos.

Allí, entre tabernas y hogueras en la playa, conocí a las leyendas que sostenían aquella frágil república. Benjamin Hornigold era el veterano pragmático, empeñado en imponer un código a hombres que consideraban la palabra «regla» una ofensa. Charles Vane llevaba la violencia escrita en los nudillos. Calico Jack Rackham tenía más colores en la ropa que coraje en el pecho, aunque tardamos demasiado en admitirlo. Anne Bonny podía beber con todos ellos, pelear mejor que casi todos y escuchar como si cada hombre estuviese declarando en su propio juicio.

También apareció James Kidd: joven, insolente, escurridizo y demasiado diestro con una hoja. Me condujo a ruinas mayas, me enseñó a moverme entre ramas y tejados y se burló de mi manera de utilizar técnicas que yo había robado sin comprender. Bajo ese nombre estaba Mary Read. Cuando me reveló la verdad, lo hizo sin ceremonia, como quien se quita una chaqueta molesta. Mi sorpresa la divirtió durante semanas.

Mary pertenecía a la Hermandad. Me habló del Credo, de la responsabilidad que acompaña a la libertad y del daño que yo había causado al vender secretos. Yo respondí que la libertad no necesitaba sermones. Ella dijo que un niño también llamaría libertad a jugar con una pistola cargada.

—Tienes talento, Edward —me concedió—. Es una lástima lo que haces con él.

Quise responder con una broma. No encontré ninguna lo bastante buena.

Y por supuesto, dominando cada rincón de Nassau con su imponente y aterradora figura, estaba Edward Thatch. El hombre al que el mundo conocería como Barbanegra. Era un gigante teatral, un genio del terror que tejía mechass de cañón encendidas en su espesa barba oscura para parecer el mismísimo diablo surgido de las llamas, pero que, en la intimidad de una jarra de ron, protegía a los suyos con una lealtad feroz.

Bebí con ellos. Reí con ellos hasta que me dolió el pecho. Contemplé a mi tripulación, a hombres que horas antes iban a morir como esclavos, ahora libres, cantando y celebrando bajo la bandera negra que ondeaba desafiante en el mástil del Jackdaw. Y por primera vez en toda mi existencia, rodeado de aquellos ilustres bribones, creí que era posible. Creí que los monarcas de Europa no podrían alcanzarnos jamás en nuestro rincón del paraíso. Creí, en mi bendita y estúpida ignorancia de juventud, que aquella utópica República Libre duraría para siempre. Sentí que yo, aquel pobre granjero de Gales

acomplejado por su miseria, iba a ser el único rey de mi propio destino. Qué inmensamente equivocado estaba.



CAPÍTULO 3

CENIZAS EN EL PARAÍSO

Hubo un tiempo, no hace tanto si mido los años, pero lejano como otra vida si mido las cicatrices, en que llegué a creer que seríamos eternos. Nassau. Nuestra gloriosa República de los Piratas. Un pedazo de tierra arrancado a los imperios, donde los hombres que no teníamos donde caernos muertos podíamos erguirnos como reyes bajo el sol abrasador de las Bahamas. Nos embriagamos con la dulce mentira de la libertad, brindando con ron barato y riendo a carcajadas bajo la lona negra de nuestras banderas. Pero la libertad, como el buen vino, se agria si no se sabe conservar. Hoy, desde la gélida penumbra de mi estudio en Londres, me doy cuenta de que aquel paraíso nunca fue real. Era un castillo de naipes construido sobre arenas movedizas, y nosotros no éramos más que un puñado de necios arrogantes esperando a que el viento soplara en nuestra contra.

El principio del fin no llegó con el estruendo de los cañones, sino con un silencio enfermizo. La peste comenzó a pudrir la ciudad por dentro. El hedor a carne enferma, a vómito y a sudor rancio se aferró a las calles de tierra. Las chozas de lona y madera podrida se convirtieron en improvisados lechos de muerte. Los hombres tosían sangre en los callejones, y la miseria, aquella misma miseria de la que todos habíamos huido al echarnos a la mar, regresó para reclamarnos. Y entonces, justo cuando estábamos más débiles, más divididos y asustados, el imperio llamó a nuestra puerta.

Una mañana, el horizonte se tiñó de blanco. Decenas de velas inmaculadas cortaron el azul del mar Caribe. Era la

Armada Británica, una imponente muralla de madera y plomo liderada por el implacable capitán Woodes Rogers. No venían a arrasarnos en un primer momento; venían a estrangularnos. Bloquearon el puerto de Nassau, cerrando cualquier ruta de escape. Nuestra utopía libre, nuestro Edén sin reyes ni leyes, se convirtió de la noche a la mañana en una jaula de la que no podíamos salir. Rogers desembarcó no con la espada desenvainada, sino empuñando un arma mucho más letal: un pedazo de papel. Traía consigo el perdón del Rey Jorge. Un indulto real para todos los piratas que depusieran las armas, renunciaran a su vida y agacharan la cabeza ante la corona. Para los que aceptaran, la vida. Para los que se resistieran, el baile macabro en la soga del verdugo.

El miedo es un veneno corrosivo, y en Nassau, se esparció más rápido que la propia peste. Empecé a ver las miradas esquivas de mis propios hermanos, los murmullos en las tabernas, el terror en los ojos de hombres que antes aseguraban no temerle al mismísimo diablo. Pero el golpe que me partió el alma, la estocada que aún hoy me hace hervir la sangre de asco y de vergüenza, no vino de un cobarde cualquiera. Vino de mi mentor. Vino de Benjamin Hornigold.

Benjamin era el hombre que nos había enseñado a navegar. El veterano que predicaba que los piratas podíamos tener reglas, que podíamos mantener un código de honor entre ladrones para no convertirnos en simples salvajes. Y sin embargo, allí estaba él. Lo vi con mis propios ojos, entregando sus armas, arrodillándose ante los emisarios de Rogers, suplicando el indulto como un perro apaleado. Me sentí vendido, traicionado hasta la médula. Asqueado por la cobardía de los viejos camaradas que preferían la humillación de la servidumbre a morir de pie. Pero la puñalada fue aún más profunda. Hornigold no solo se rindió; se unió a los Templarios. Se alió con los mismos arquitectos del orden y el control absoluto a los que yo me había enfrentado. Nos vendió a todos, uno por uno, para salvar su propio pellejo y ganarse un asiento

en la mesa de sus nuevos amos. Un traidor miserable que cambió nuestra bandera negra por la cruz roja.

Hervía de rabia. No iba a permitir que me enjaularan como a un animal. Junto a Charles Vane, otro bribón demasiado terco para rendirse, preparamos un brulote, un barco cargado hasta los topes de pólvora y alquitrán, y lo lanzamos contra la flota del bloqueo. El mar se iluminó con el fuego del infierno. Entre la confusión, las explosiones y los gritos ensordecedores de los marineros británicos envueltos en llamas, logré romper el cerco con mi Jackdaw. Escapamos, sí, pero dejamos atrás nuestra ciudad. Dejamos atrás nuestro sueño, ahora reducido a cenizas flotando en las aguas de las Bahamas.

Navegué hacia el norte, con el corazón encogido, buscando a la única leyenda que me quedaba. Busqué a Edward Thatch, el mismísimo Barbanegra. Lo encontré en Ocracoke, celebrando lo que él llamaba su retiro. El gigante que había aterrorizado a las colonias, el hombre que encendía mechas bajo su sombrero para parecer el diablo encarnado, estaba cansado. En sus ojos ya no brillaba el fuego de la rebelión; solo había hastío. Me habló de comprar tierras, de vivir en paz sus últimos años, de dejar que el mundo siguiera girando sin él. Me dolió verle así, pero me alegré de que al menos él pudiera encontrar su descanso. Brindamos. Reímos. Recordamos tiempos mejores.

Pero el imperio no perdona. Nunca lo hace.

Fue en la bruma de la madrugada. Aparecieron como fantasmas surgidos de la nada. Los buques de la Royal Navy nos tendieron una emboscada brutal. Nos atacaron cuando estábamos anclados, desprevenidos. El aire se llenó al instante con el sonido desgarrador de la madera astillándose y el rugido ensordecedor de los cañonazos. El humo espeso de la pólvora nos cegaba, quemándonos la garganta mientras el pánico se apoderaba de la tripulación. Abordaron el barco de Thatch en oleadas incesantes. Casacas rojas inundando la cubierta como una plaga de langostas sedientas de sangre.

Yo salté hacia su barco. Abrí un camino a base de tajos y disparos, desesperado por llegar hasta él. A través de la cortina de humo, lo vi. Barbanegra no se rindió. Oh, Dios es testigo de que no lo hizo. Peleó como un demonio acorralado. Con una espada en cada mano y las pistolas escupiendo fuego, destrozaba a cada soldado británico que se atrevía a acercarse. Parecía invencible, una fuerza de la naturaleza indomable. Pero eran demasiados. Vi cómo una espada le atravesaba el costado. Luego un disparo de mosquete en el hombro. Otro corte en la pierna. Thatch sufría docenas de heridas, su cuerpo era un mapa de cortes sangrantes, pero se negaba a caer. Rugía con cada golpe que recibía, devolviendo la muerte con una furia inhumana.

Yo estaba a escasos metros, gritando su nombre, desgarrando gaznates con mis espadas, pero un muro infranqueable de soldados me impedía avanzar. Estaba tan cerca... y a la vez tan impotente. La desesperación me ahogaba. Entonces, en medio del caos, ensangrentado y al borde del abismo, Thatch me miró. Una fracción de segundo en la que el tiempo pareció detenerse. Su voz, grave y rota, resonó por encima del estruendo de la batalla:

—En un mundo sin oro, podríamos haber sido héroes.

El último tajo le cruzó el cuello. La montaña se derrumbó. El gran Barbanegra, la leyenda más grande que jamás haya surcado el Caribe, cayó muerto sobre las tablas astilladas de su propia cubierta, ahogado en un charco de su propia sangre.

El dolor me paralizó. Me empujaron por la borda y caí a las aguas heladas, tragando salitre y bilis, mientras veía su barco arder. Logré nadar hasta el Jackdaw y huir, pero una parte de mi alma murió en esa cubierta junto a él. Mientras me alejaba en la distancia, mirando la densa columna de humo negro que se elevaba hacia el cielo, una verdad gélida y aplastante se instaló en mi mente.

Ya no éramos intocables.

Nuestra arrogancia nos había hecho creer que el mar era nuestro, pero el imperio era una maquinaria colosal, fría y metódica, que no se detendría ante nada. Nos iban a dar caza. A todos y cada uno de nosotros. Sin piedad, sin cuartel. Comprendí, con el sabor de la derrota quemándome los labios, que la era de los piratas había terminado. Aquel día, la libertad murió asesinada bajo las botas de la corona, y mi codicia, aquella maldita ambición que me había arrastrado lejos de mi hogar, solo me había servido para quedarme absolutamente solo, contemplando las ruinas humeantes de mi propio paraíso.



CAPÍTULO 4

ESPEJISMOS DE ORO Y TRAICIÓN

El humo de Nassau todavía manchaba el horizonte cuando volví a hablar del Observatorio. Esa es una de las verdades menos agradables de mi historia: vi caer nuestro sueño, enterré amigos y, en lugar de detenerme, redoblé la apuesta. Me convencí de que un último gran golpe daría sentido a todo. Los jugadores arruinados siempre llaman «último» al siguiente intento.

Adéwalé me encontró una noche inclinado sobre los mapas del camarote. Habíamos perdido a seis hombres aquella semana y otros nueve apenas podían trabajar. Él dejó sobre la mesa el libro de cuentas.

—Necesitamos regresar a Gran Inagua.

—Necesitamos encontrar a Roberts.

—Los hombres necesitan descanso.

—Los hombres necesitan paga.

Adéwalé sostuvo mi mirada. Nunca necesitó elevar la voz para resultar amenazante.

—No nací libre para convertirme en herramienta de la ambición de otro hombre.

Aquello debió detenerme. En cambio, respondí que cualquiera podía abandonar el Jackdaw en el próximo puerto. Era la clase de frase que un capitán pronuncia cuando teme descubrir cuántos aceptarían la oferta.

Mary fue menos paciente. Había observado cómo yo utilizaba rutas, refugios y conocimientos de los Asesinos para perseguir beneficios privados. Me recordó las aldeas atacadas después de que mis mapas cayeran en manos templarias. Yo le dije que no había clavado personalmente las antorchas en los tejados.

—No —respondió—. Solo vendiste el aceite.

Seguía creyendo que el Observatorio podía reparar mis errores. Imaginaba venderlo, regresar rico junto a Caroline y transformar cada tumba del camino en un sacrificio necesario. Pero los muertos no se convierten en inversión porque uno escriba una cifra grande al final del libro.

Las dudas crecían en cubierta. Escuchaba los murmullos al pasar junto al timón y veía a los hombres evitar mi mirada. Les exigía travesías imposibles, ignoraba heridas y raciones, y llamaba falta de coraje a cualquier objeción. El Jackdaw seguía siendo mío; su lealtad, no.

Y el abismo, oscuro, vasto e implacable, me devolvió la mirada. La ambición me pasó una factura sangrienta, y el cobrador no fue otro que el mayor cobarde que jamás escupió sobre una cubierta: Jack Rackham. Ese vil bribón, ese borracho de tres al cuarto, aprovechó la debilidad, el miedo y el descontento que yo mismo había sembrado entre la tripulación para orquestar un sucio motín a mis espaldas. En la negrura de la noche, tras desarmarme a traición, me arrebataron mi barco, mi tesoro máspreciado, y me abandonaron a mi suerte en las costas infernales de la isla de Providencia. Pero no fui el único arrojado a aquel destierro; Charles Vane, antaño un corsario indomable, salvaje y temido por imperios enteros, fue desterrado conmigo a aquella húmeda prisión verde.

Providencia no era una isla, sino una trampa verde. La selva se erguía frente a nosotros como un muro de espinas, lianas y hojas podridas. El calor pegaba los harapos a la piel llagada. No había brisa, solo aire estancado, mosquitos y olor a tierra

húmeda. Allí vi cómo la mente de Charles Vane terminaba de quebrarse.

La traición de Rackham había sido el mazazo definitivo para una psique ya severamente fracturada por la caída de Nassau. Charles empezó a hablar solo, balbuceando incoherencias, gritándole a las sombras de los árboles y maldiciendo a fantasmas que solo él podía conjurar en su tormento. Sus ojos, inyectados en sangre y desorbitados por la sed y el delirio, perdieron de golpe cualquier resquicio de humanidad. Vane se asilvestró. Se convirtió en una bestia acorralada que acabó volviéndose contra mí, culpándome de todos sus males. Me acechaba entre la maleza espesa, arrojándome granadas improvisadas y riendo con una histeria rota que helaba la sangre en las venas. Tuvimos que enfrentarnos como dos perros rabiosos revolcándonos en el fango y las ruinas. Me dolió en lo más profundo del alma tener que reducirlo a base de golpes, ver a la gran leyenda del Caribe, al indomable Vane, convertido en un animal patético y sollozante. Lo dejé atrás, babeando y aullando maldiciones en la miseria de la selva, mientras yo lograba huir de aquel ataúd de vegetación a bordo de un destartalado cascarón de madera, una ruina flotante comida por la podredumbre que a duras penas se mantenía sobre las olas.

Conseguí recuperar el Jackdaw semanas después. Adéwalé me devolvió el mando, aunque no su confianza. Lo hizo por los hombres y por el barco; ambos necesitaban un capitán hasta llegar a puerto. Me preguntó qué había aprendido en Providencia.

—Que Rackham es un cobarde.

—Eso ya lo sabíamos.

No respondí. Cualquier hombre sensato habría escarmentado. Yo decidí aliarme con Bartholomew Roberts, el Sabio.

Tratar con Roberts era jugar a los dados con un hombre que conocía de antemano el resultado. Frío, calculador y extraño

incluso entre piratas, miraba a los demás como si ya hubiera visto generaciones enteras cometer los mismos errores. Se mofaba de la moral, el honor y el sufrimiento, pero era la única llave hacia el Observatorio. Me convencí de que nuestro desprecio por coronas e imperios bastaría para fundar lealtad entre ladrones. Puse mi barco y mi vida en manos de un hombre que se jactaba de no ser leal a nadie.

Y al final del viaje, la Muerte me aguardaba para cobrar su inevitable deuda. El corazón de la espesa selva se abrió de par en par ante nosotros para revelar el mayor y más oscuro secreto de la historia del hombre. Adentrarse en las entrañas del Observatorio fue como cruzar un umbral hacia el vientre de un dios dormido de metal y piedra. La majestuosidad mística del lugar me dejó completamente paralizado, sin aliento. Muros de una arquitectura pulida, soberbia e imposible, metales extraños que no eran de este mundo y luces espectrales que palpitaban como gruesas venas de energía pura bajo la roca cavernosa. Y en el centro absoluto, el ansiado trofeo: la esfera armilar, el dispositivo capaz de vigilar a cualquier rey, enemigo, esposa o traidor con tan solo depositar una gota de su sangre en los cráneos de cristal. El mito que había perseguido regando el Caribe con tanta sangre y lágrimas era real. Tan real que podía tocarlo.

La visión me embriagó. Durante un instante imaginé reyes inclinándose ante mí y una riqueza capaz de borrar mi origen. Estaba tan pendiente del futuro que no vi a Roberts moverse a mi espalda.

Fue un jarro de agua helada, un mazazo brutal, indigno e inesperado. Roberts me miró con aquella frialdad matemática suya, desprovista de cualquier empatía, y sin pestañear siquiera, dictó mi sentencia en voz baja y calmada.

—Nuestra sociedad ha terminado, Kenway —siseó, con una media sonrisa dibujada en los labios.

La traición me atravesó el pecho y me robó el aire. El Sabio me arrebató el artefacto de las manos y, con un empujón calculado y cobarde, me arrojó al fondo de aquel pozo milenario para dejarme pudrir entre las sombras de los precursores. Sobreviví a la terrible caída solo para arrastrarme malherido, con la carne desgarrada, hacia la salida de luz, para descubrir que el maldito Sabio ya me había vendido. Me molió a golpes con la ayuda de sus matones, rompiendo mis costillas, escupiendo sobre mi orgullo hecho añicos, y me entregó a las crueles autoridades británicas como a un vulgar trozo de carne lista para el matadero.

El violento chasquido del hierro al cerrarse con saña en mis muñecas fue mi verdadero despertar. El frío inerte y pesado de los grilletes **me mordía** la piel abierta y ensangrentada. Fui arrojado como un fardo a la más oscura, hedionda y sofocante de las celdas de Port Royal, en las fauces de Jamaica. Allí, sepultado en la piedra, rodeado del olor a orines y muerte, de ratas escurridizas y de un silencio denso roto únicamente por los lamentos ahogados de otros condenados, el deslumbrante espejismo del oro se disipó para siempre.

En mitad de mi agonía, tiritando por la fiebre, con el cuerpo destrozado y el espíritu desgarrado por una culpa lacerante, por fin abrí los ojos a la cruda y miserable verdad. No había sido la astucia indescifrable de Roberts. No había sido la sucia cobardía de Rackham. Fui yo. Mi propia y maldita codicia, esa enfermiza y desesperada ambición egoísta por no ser un simple granjero, había estado tejiendo, hilo a hilo y mentira a mentira, la áspera soga que ahora asfixiaba mi cuello. Yo mismo, en mi estúpido delirio de grandeza, había caminado ciego y gozoso directo hacia las fauces de mis enemigos. Y en aquella oscuridad asfixiante, atrapado entre gruesos muros de piedra, por primera vez en toda mi miserable vida, supe de verdad lo que era estar completa y absolutamente solo.

CAPÍTULO 5

EL ABISMO Y LA PÉRDIDA

El sol de Jamaica no calienta; te despelleja vivo. Te arranca la cordura a tiras y te fríe los sesos hasta que solo queda un eco sordo y zumbante en tu propia cabeza. Durante meses me pudrí en una jaula colgante de hierro a las afueras de Port Royal, balanceándome a merced del viento abrasador como un trozo de carne muerta expuesto al morbosos escrutinio de las gaviotas y los cuervos. El metal ardía al rojo vivo, fundiéndose sin piedad con mis llagas supurantes, y la sed... la sed era un fuego blanco y cegador que me devoraba la garganta y me hacía tragar mi propia sangre. Cuando las crueles autoridades británicas se cansaron del dantesco espectáculo, cuando vieron que ya no quedaba orgullo que quebrar en aquel corsario galés, me descolgaron como a un fardo sin valor y me arrojaron de cabeza a lo más profundo del infierno: las celdas infectas de la prisión.

Allí abajo, sumido en una oscuridad perpetua y asfixiante, me convertí en la miseria misma. El hedor del calabozo era insoportable, una mezcla pútrida de heces, salitre, sangre seca y enfermedad que se te incrustaba en los pulmones con cada respiración agónica. Éramos la peor escoria imaginable, hombres rotos y olvidados por la mano de Dios. Mi cuerpo, antaño fuerte e invencible, ágil en los mástiles del Jackdaw, no era más que un saco de huesos temblorosos. Las ratas, hambrientas y osadas por la penumbra, correteaban por mis piernas, mordisqueando las puntas de mis botas, esperando con paciencia a que terminara de caerme muerto, a que este bribón, que algún día se creyó el amo absoluto del Caribe, cerrara por

fin los ojos. La fiebre me consumía, asolándome con delirios terroríficos en los que veía mi oro escurriéndose entre mis dedos como lodo. Había perdido mi barco, mi tripulación, mi dignidad y mi alma. Era una sombra patética, un cascarón vacío destrozado por su propia e insaciable codicia.

Y entonces, entre las brumas espesas de mi agonía, apareció él. Ah Tabai. El anciano Mentor de la Hermandad de los Asesinos. Se movía por aquel lúgubre infierno con la misma quietud letal que una pantera en la espesura de la selva. Despachó a los guardias en un suspiro y abrió la pesada reja de mi celda, pero cuando alcé la mirada buscando un atisbo de compasión, solo encontré un gélido y aplastante desprecio. Me arrojó mis armas y mis ropas al suelo cubierto de fango, no como a un aliado que acaba de ser rescatado, sino como a un chucho sarnoso y callejero.

—No he venido a salvarte a ti, Edward —susurró con una voz cortante como el hielo de un glaciar—. He venido por Mary y por Anne.

Aquellas palabras me golpearon con cien veces más fuerza que cualquier latigazo o bala de mosquete. La vergüenza me aplastó el pecho como una losa de granito, dejándome sin aire. El peso de todos mis pecados, de mi arrogancia, de mis mentiras y mis traiciones imperdonables, cayó sobre mis hombros en un instante de lucidez desgarradora. Ah Tabai tenía toda la razón del mundo. Yo no merecía ser rescatado; merecía pudrirme en ese agujero. Mi enfermizo egoísmo había arrastrado a Mary Read y a Anne Bonny a aquel calabozo, y ahora ellas, dos mujeres que valían mil veces más que mi miserable vida, estaban sufriendo por mi culpa. Me aferré a las empuñaduras de mis espadas con las manos llenas de llagas, jurándome a mí mismo que, aunque fuera lo último que hiciera en este putrefacto mundo, iba a sacarlas de allí.

Me abrí paso por los pasillos de piedra de la prisión, tambaleándome ciego por la debilidad. La atmósfera era tan

agobiante que parecía sólida, un muro de humedad y lamentos que amenazaba con engullirme vivo. Las paredes rezumaban agua sucia y limo, y en la penumbra se escuchaban los llantos y los gritos desgarradores de hombres que habían perdido totalmente el juicio. En una celda aledaña vi a Charles Vane, balbuceando locuras, destrozado, convertido en un animal rabioso, y un escalofrío me recorrió la espina dorsal al comprender que ese abismo también me aguardaba a mí. Pero no me detuve. No podía detenerme. Atravesé la guardia británica en silencio, degollando centinelas con la furia sorda de un hombre que intenta aferrarse a la última chispa de luz que queda en su existencia.

Encontramos primero a Anne. Estaba demacrada, con fiebre y una furia que la mantenía en pie mejor que cualquier medicina. Había perdido a su hijo en la prisión y llevaba ese dolor en el rostro, pero aún fue capaz de insultarme mientras Ah Tabai rompía sus cadenas.

—Tienes un aspecto espantoso, Kenway.

—Siempre es un placer verte, Anne.

Dos Asesinos la condujeron hacia la salida. Anne se resistió hasta que Ah Tabai le aseguró que iríamos por Mary. Antes de desaparecer por el corredor, me agarró del antebrazo.

—No la dejes aquí.

No fue una orden. Fue una súplica. De todas las voces que aún escucho por la noche, aquella es una de las más claras.

Finalmente llegué hasta Mary. Y lo que vi partió algo que yo creía irrompible.

Mary Read, la indomable, la fiera pirata que había aterrorizado los mares disfrazada del joven James Kidd, yacía sobre un mugriento y empapado montón de paja, consumida brutalmente por las fiebres. Había dado a luz en aquel foso inmundo. Aquellos monstruos engalanados con uniformes de Su Majestad la habían dejado parir en la mugre y luego, con la

mayor de las frialdades, le habían arrebatado a su pequeño sin mostrar un ápice de piedad. Su rostro estaba pálido como el mármol antiguo, y sus ojos, hundidos y rodeados de oscuras ojeras, carecían de aquel fuego desafiante que siempre la había caracterizado. Estaba agonizando, apagándose como la llama de una vela en medio de un huracán.

—Vamos, Mary —le dije, forzando una sonrisa que se me rompía en los labios mientras la levantaba del suelo húmedo—. Te sacaré de aquí. Nos iremos... surcaremos los mares de nuevo, te lo prometo.

Me negaba en rotundo a aceptar la realidad. Me negaba a dejar que mi codicia se cobrara una vida más, no la de ella. La cargué en mis brazos. Apenas pesaba, estaba frágil como una muñeca de trapo, pero cada paso que dábamos hacia la salida era un esfuerzo titánico, una tortura infernal. El sudor me escocía en los ojos, los pulmones me ardían suplicando aire, y las rodillas me temblaban dispuestas a ceder, pero seguí caminando por aquellos pasillos oscuros. Le susurraba palabras de aliento vacías, promesas imposibles, suplicándole a un Dios en el que nunca me digné a creer que me diera fuerzas.

—Casi estamos, Mary... falta poco... aguanta un poco más...

—jadeaba yo, ahogándome en mi propia e insalvable impotencia.

Pero mi voluntad no era suficiente. A escasos metros de la puerta, sintiendo ya la brisa del mar acariciándonos, el cuerpo de Mary no pudo aguantar el castigo. Se le doblaron las fuerzas y se desplomó de mis brazos con un quejido sordo. Caí de rodillas al barro junto a ella, sosteniendo su cabeza en mi regazo, preso de un pánico atroz y helado.

—No, no, no... Mary, mírame. Quédate conmigo, por favor, te lo ruego —le supliqué, sintiendo cómo las lágrimas calientes y amargas me resbalaban por las mejillas manchadas de sangre y mugre.

Ella esbozó una sonrisa débil, cargada de una ternura indulgente que me destrozó por completo. Me miró con aquellos ojos inmensamente cansados y, alzando una mano temblorosa, me acarició el rostro áspero.

—He cumplido con mi parte, Edward... —susurró, con un hilo de voz que apenas lograba imponerse al sonido de mis sollozos—. Estaré contigo siempre... pero debes cambiar tu rumbo. Haz lo correcto.

La vida se retiró de su mirada. No hubo un trueno ni una señal en el cielo. Solo el peso de su cabeza en mi brazo y el ruido distante del mar. La única persona que había insistido en tratarme como al hombre que podía llegar a ser se había ido sin verlo.

Ah Tabai se acercó en silencio. Me apartó con suavidad y cargó el cuerpo de Mary para llevarlo lejos de aquella prisión. Yo no estaba vacío; habría sido más fácil. Estaba lleno de cada advertencia que había despreciado.

Logré arrastrarme lejos de Port Royal, pero no huí hacia la redención ni hacia la libertad; huí hacia el olvido más cobarde. Me sumergí de cabeza en una espiral de autodestrucción repulsiva. Busqué refugio en el fondo de la botella, ahogándome en el ron más barato de Kingston hasta perder el sentido, tratando desesperadamente de apagar el inmenso dolor, de silenciar las voces que me taladraban la conciencia con cuchillos al rojo vivo. Fueron días y noches de una negrura absoluta y viscosa. Vagaba por las tabernas de mala muerte y las playas desiertas como un espectro sin rumbo, vomitando bilis, consumido por alucinaciones febriles que me arrastraban de los pelos al mismísimo centro del averno.

En el clímax de mi delirio etílico, los fantasmas de mi pasado vinieron a cobrarme sus deudas de sangre. Vi a Caroline, mi dulce esposa, mirándome con ojos anegados en lágrimas, preguntándome con la voz rota por qué nuestro amor no había sido suficiente, por qué había preferido el brillo falso de los

doblones a su calor. Vi al inmenso Barbanegra, con el torso acribillado a balazos y sangrando a borbotones, riéndose de mi patética soledad mientras el fuego y el humo negro le consumían las mechas del sombrero. Vi a Benjamin Hornigold, el traidor, señalándome con el dedo, recordándome que yo era tan escoria egoísta como él, y vi a Mary... a mi querida Mary, observándome en silencio con una decepción que me quemaba las entrañas. Todos me rodeaban en una danza macabra, gritándome al oído que yo era el único artífice de mi ruina.

Había tocado fondo. No me quedaban oro, imperios ni orgullo. Solo nombres.

Desperté a la mañana siguiente, tirado boca abajo en la arena hirviente de una playa caribeña, con la ropa pegada al cuerpo por el salitre y la bilis. La resaca me partía el cráneo con martillazos de puro dolor. El rugido del mar Caribe rompía contra la orilla con una indiferencia cruel. Y allí, arrodillado como un mendigo frente a la inmensidad del océano, me eché a llorar. Lloré como no lo había hecho desde que era un niño indefenso en los fangosos campos de Gales. Lloré por Mary, que murió creyendo en mí. Lloré por Caroline, a la que le fallé estrepitosamente. Lloré por el estúpido, necio e inmaduro egoísta que había sido durante toda mi vida. Y entre aquellas lágrimas y sollozos roncós que se ahogaban en el ruido de las olas, comprendí la descarnada verdad que tanto tiempo había intentado eludir. La riqueza material era una mentira, una soga dorada alrededor de mi cuello. Si seguía por aquel camino de avaricia ciega, mi único y verdadero legado sería una tumba sin nombre en una fosa común.

Me puse en pie, tiritando, y comprendí que una decisión no repararía lo ocurrido. Un hombre no se vuelve bueno porque llore en una playa. Tendría que demostrarlo en la siguiente elección, y en la siguiente, incluso cuando nadie estuviera mirando.

Anne sobrevivió. Durante un tiempo apenas habló, pero cuando recuperó fuerzas regresó al Jackdaw. Una noche, mientras el sol se hundía detrás de Gran Inagua, cantó una despedida para los que ya no podían acompañarnos. Su voz era firme al principio. En el último verso se quebró.

Adéwalé permaneció junto al mástil. Yo me acerqué sin saber cómo pedir perdón.

—Mary tenía razón —dije.

—La tenía a menudo.

—Y tú también.

Me miró durante unos segundos.

—Eso costará más demostrarlo que decirlo.

Asentí. Por primera vez no intenté convertir la vergüenza en una broma.

No abracé el Credo como quien encuentra una religión cómoda. Acepté una deuda. Había utilizado la libertad para justificar mi apetito; ahora debía aprender a defender la libertad de otros. Mary no me había pedido que vengara su muerte. Me había pedido que cambiara de rumbo.

Así que puse la proa hacia Tulum.

CAPÍTULO 6

EL RENACER BAJO EL CREDO

Ah Tabai no me recibió con una ceremonia ni me sometió a un adiestramiento milagroso. Yo llevaba años trepando mástiles, siguiendo presas y matando con las hojas que había robado. Mi problema nunca fue la destreza. Era el propósito.

Durante semanas trabajé junto a la Hermandad. Reparé refugios que mis indiscreciones habían puesto en peligro, acompañé a sus exploradores y escuché más de lo que hablaba. Cuando una misión ofrecía un cofre fácil pero amenazaba a una aldea, elegí la aldea. Cuando un informador me insultó, guardé la espada. No parecen grandes gestas. Para el hombre que yo había sido, lo eran.

Una tarde, sobre las ruinas de Tulum, Ah Tabai me preguntó qué significaban para mí las palabras del Credo.

—Antes creía que «Nada es verdad, todo está permitido» quería decir que ningún hombre podía decirme qué hacer.

—¿Y ahora?

Miré el mar. No había respuesta capaz de resucitar a Mary.

—Que si ninguna autoridad posee toda la verdad, no podemos entregar nuestra conciencia a otra persona. Y que, si somos libres para actuar, también somos responsables de lo que nuestras acciones permiten.

Ah Tabai asintió. No me proclamó Maestro. No había cruzado una puerta mágica. Simplemente dejó de verme como a un

ladrón que usaba las herramientas de su Hermandad. Yo seguía siendo Edward Kenway, con la misma vanidad, el mismo genio y demasiada facilidad para buscar una botella. La diferencia era que ya no llamaba naturaleza a mis defectos para evitar corregirlos.

Cuando volví a ceñirme la capucha, recordé el cadáver de Walpole en la arena. La primera vez había vestido aquellas ropas para cobrar. Esta vez las llevaba porque había elegido a quién servir.

El primer objetivo era Woodes Rogers. Celebraba una recepción en Kingston antes de regresar a Inglaterra, rodeado de casacas rojas y de hombres que confundían un uniforme con una virtud. Me infiltré en la fiesta bajo un sombrero ridículo y una sonrisa aún peor. Lo encontré apartado de los invitados.

Mi hoja entró bajo sus costillas. Rogers cayó, pero no murió. La alarma me obligó a retirarme antes de confirmar el golpe, y los médicos de la Corona demostraron ser más competentes de lo que yo habría preferido. Sobrevivió y regresó a Inglaterra. Durante años me irritó saberlo. Con el tiempo comprendí que el Credo no era una lista de cadáveres perfectos. Habíamos quebrado su operación y expuesto sus vínculos; aquella noche, eso tuvo que bastar.

Pero la verdadera bestia, la deidad pagana de mi tormento, aguardaba muy lejos de allí, en las tórridas costas de África. Puse rumbo a la isla de Príncipe a bordo de mi leal navío, el Jackdaw, para dar caza a Bartholomew Roberts, el temido Sabio. El hombre que me había utilizado, que había mancillado cualquier atisbo de lealtad entre ladrones y me había dejado pudrir a las puertas de la muerte. El océano rugió con la misma furia que mi propia alma a nuestra llegada, presagiando la masacre inminente. El épico combate naval se desató como una tormenta apocalíptica de fuego, pólvora y madera astillada. Los estruendosos cañonazos ensordecían el mundo entero, y las balas de plomo y hierro destrozaban los mástiles mientras el

humo negro nos asfixiaba la garganta. En un abordaje salvaje y desesperado, salté a la cubierta del Royal Fortune esquivando el choque de los sables y los gritos agónicos de los condenados. Roberts me esperaba, esgrimiendo su soberbia ancestral. Peleamos como demonios desatados entre la sangre y la lluvia, pero mi propósito era ahora inquebrantable, tallado en piedra. Con un movimiento rápido y certero, mi acero le arrebató la vida. De entre sus ropas ensangrentadas, recuperé la fría calavera de cristal, la ansiada llave del Observatorio. Mientras su cuerpo sin vida caía pesadamente sobre las tablas de su navío, sentí que le devolvía por fin la profunda herida de su traición.

Aún quedaba, sin embargo, el artífice de toda esta interminable pesadilla: el Gran Maestre Templario Laureano de Torres. Regresé a las Indias Occidentales, al corazón mismo de la intrincada selva, adentrándome una vez más en las frías entrañas del Observatorio milenario. El templo de la Primera Civilización zumbaba con una energía espectral, alienígena e indiferente a nuestra diminuta miseria humana. Las gigantescas paredes de roca y metal pulido eran testigos mudos de nuestra crueldad. Torres ya estaba allí en el interior, protegido por su guardia personal de élite, intentando doblegar el poder del artefacto para rastrear y esclavizar las mentes del globo. La tensión en aquella caverna luminiscente era absoluta. Me abrí paso a través de las defensas precursoras, esquivando los letales haces de luz mortal que la máquina escupía para proteger su núcleo. Torres me observaba desde el centro del mecanismo, aferrado ciegamente a su falsa ilusión de orden y tiranía. Me abalancé sobre él desde las alturas con la furia contenida de mil batallas. Nuestras miradas se cruzaron una última vez antes de que mi acero le atravesara la garganta, silenciando sus delirios de grandeza. Torres murió a mis pies, y con él, se apagó el zumbido vibrante de la gran máquina, devolviendo la esfera a su letargo milenario. El ciclo de sangre se había cerrado; había protegido al mundo del terrible poder

de aquel artefacto. Y sin embargo, al mirar su cadáver, no sentí alegría alguna. No hubo una celebración gloriosa, ni el estallido de euforia que antaño me producía el brillo del oro. Solo sentí el peso plomizo en los huesos, el cansancio amargo y silencioso de un deber cumplido a un precio demasiado alto.

Agobiado por el silencio de la victoria, emprendí el regreso a la base de los Asesinos, dispuesto a abrazar mi nueva y solitaria existencia en la sombra. Pero el destino, cruel y caprichoso, aún me tenía reservado el último golpe al corazón. Ah Tabai se acercó a mí en el puerto. Con un semblante inusualmente grave que me heló la sangre, me tendió una carta desgastada, recién llegada a través del mar desde Inglaterra. Rompí el sello con las manos temblorosas, intuyendo la sombra de la desgracia antes incluso de leer la primera línea. Las palabras, escritas con tinta oscura, bailaron y se emborronaron ante mis ojos inundados por las lágrimas. Caroline. Mi dulce, paciente y amada Caroline, había muerto. Consumida sin remedio por la enfermedad hacía ya varios años, languideciendo mientras yo surcaba los mares persiguiendo un maldito espejismo de riqueza. Me derrumbé internamente, sintiendo que el mundo se abría bajo mis pies. Todo el oro del Caribe, todos los galeones hundidos, toda mi infame gloria... todo había sido en vano. Le había fallado de la manera más egoísta y miserable que un hombre puede concebir.

Sin embargo, a través de mi llanto silencioso, al final del pergamino, la carta guardaba una última revelación. Una sorpresa desgarradora que me dejó completamente sin aliento. Caroline no se había marchado sin más; me había dejado un legado. Una hija. Una chiquilla de la que yo jamás había sabido de su existencia, que llevaba mi sangre y se llamaba Jennifer Scott. La noticia me atravesó el pecho no como una espada, sino como un haz de luz resplandeciente abriéndose paso a través de la tormenta más oscura de mi vida. No estaba solo. Aún quedaba algo hermoso en este mundo, una chispa pura que no había sido corrompida por mis pecados, aguardándome en la

distancia. Roto por el inmenso dolor de la pérdida irreparable, pero impulsado por un fuego nuevo, profundo y vital, me sequé las lágrimas. El corsario había muerto, y el Maestro Asesino había cumplido su misión. Ahora, recogería mi capa, dejaría atrás los mares de sangre y pondría rumbo a mi verdadero hogar en Londres. Me preparé para enfrentar el desafío más grande, aterrador y hermoso de toda mi existencia. Me preparé, por fin, para ser un padre.



EPÍLOGO

UN NUEVO HOGAR, UNA VIEJA SOMBRA

Regresé a Inglaterra con Jennifer en 1723. No me recibió como a un padre perdido, sino como a un extraño que llegaba trece años tarde. Tenía los ojos de Caroline y su misma capacidad para descubrir una mentira antes de que yo terminara de adornarla.

Durante la travesía intenté impresionarla con historias del Caribe. Le hablé de tormentas, galeones y huidas imposibles. Ella escuchó en silencio hasta que mencioné a su madre.

—¿La amabas? —preguntó.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no volviste?

Hay preguntas que ninguna leyenda sabe responder. Miré el horizonte y, por una vez, no inventé una excusa.

—Porque fui un necio.

Jennifer no me perdonó aquel día. Tampoco se lo pedí. El perdón exigido no es perdón; es otra deuda impuesta. Aprendimos a convivir primero, a hablarnos después y, con los años, a querernos de la manera imperfecta que nos fue posible.

En Londres construí la vida que había prometido a Caroline. Una casa firme. Libros. Comida suficiente. Me casé con Tessa Stephenson-Oakley, una mujer demasiado inteligente para creer que podía reformarme y lo bastante generosa para quererme mientras yo hacía el trabajo. Nació Haytham. Con él tuve la

segunda oportunidad que la vida rara vez concede y que los hombres como yo suelen confundir con absolución.

No abandoné la Hermandad. Ayudé a fortalecer a los Asesinos británicos, reuní información y entrené a quienes lucharían cuando mis rodillas ya no soportaran los tejados. Pero en casa procuraba ser padre antes que Mentor. Enseñé a Haytham a usar una espada y a desconfiar de cualquier hombre que afirmara poseer todas las respuestas. A Jennifer no tuve que enseñarle lo segundo.

Una tarde llevé a los niños a la ópera. Haytham no apartaba la vista del escenario. Jennifer observaba al público.

—Tu hijo mira la historia —me dijo—. Yo miro a quienes pagan para decidir cómo se cuenta.

Sonreí. Caroline habría estado orgullosa.

Aquellos años fueron felices. No perfectos, y por eso sé que fueron reales. Había discusiones, silencios durante la cena, botas embarradas donde no debían y noches en las que despertaba buscando el balanceo del Jackdaw. A veces Anne escribía desde el otro lado del océano. Adéwalé enviaba noticias de la Hermandad y nunca desperdiciaba tinta en halagos. Conservé ambas cartas.

También conservé mi diario.

En él estaban mis recuerdos del Observatorio, rutas, nombres y fragmentos de una tecnología que ningún hombre debía controlar. Creí que ocultarlo en mi despacho bastaría. Había sobrevivido a tormentas, motines y Templarios armados; terminé subestimando a uno que sabía sonreír en una mesa bien puesta.

Reginald Birch entró en nuestra vida como socio y amigo. Era educado, paciente y jamás parecía tener prisa. Se interesó por Jennifer con una cortesía que a mí me resultó tranquilizadora y a ella, sospechosa.

—Ese hombre no me mira —me advirtió—. Me evalúa.

Yo le dije que Birch era ambicioso, no peligroso. Había pasado media vida aprendiendo a reconocer enemigos con espada y no vi al que utilizaba modales.

La noche del 3 de diciembre de 1735, me despertó el crujido de una tabla en el piso inferior.

No fue un ruido fuerte. Precisamente por eso supe que algo iba mal. Los sirvientes conocían cada rincón de la casa; solo un extraño intentaría pisar en silencio.

Tomé la espada que guardaba junto a la cama. En el pasillo había olor a aceite de lámpara y lana mojada. Después llegó un grito, breve, cortado. Vi sombras subir por la escalera.

—¡Tessa! —grité—. ¡Los niños!

El primer mercenario apareció con una pistola. Desvié el cañón antes del disparo y le abrí el brazo. El estampido despertó la casa. Llegaron otros dos. Durante unos instantes volví a ser el hombre que abordaba navíos bajo una lluvia de astillas. El cuerpo recuerda incluso cuando los años protestan.

Luché en el descansillo para cerrarles el paso. Oí a Haytham llamarme desde el piso superior. Oí a Jennifer ordenar a su hermano que corriera. Aquellas voces valían más que todos los cargamentos que había perseguido.

Uno de los atacantes cayó por la barandilla. Otro retrocedió con la mejilla abierta. El tercero esperó. Era bueno. No buscó mi espada; buscó mi cansancio.

La punta entró bajo las costillas.

El dolor fue blanco y limpio. Mi mano perdió fuerza. Retrocedí hasta chocar con la pared, pero conseguí mantenerme en pie. A través de la puerta abierta del despacho vi a otro hombre salir con mi diario bajo el brazo.

Entonces lo entendí.

No habían venido solo a matarme. Habían venido por el pasado que yo había guardado dentro de aquella casa.

—Birch —dije.

El mercenario no respondió. No hacía falta.

Intenté avanzar. La espada volvió a entrar, esta vez más honda. Caí de rodillas sobre el suelo que había comprado para proteger a mi familia. Arriba sonó un golpe. Jennifer gritó. No fue un grito de miedo, sino de rabia; el mismo sonido que habría hecho Caroline al descubrir la traición.

Vi a dos hombres arrastrarla por el corredor. Peleaba, arañaba, mordía. Quise levantarme. Mi brazo no obedeció.

Haytham apareció al otro lado, descalzo y con la pequeña espada de entrenamiento entre las manos. Durante un instante nuestros ojos se encontraron.

—Corre —logré decir.

Él no corrió. Un hombre surgió detrás y lo apartó de la lucha con una serenidad casi paternal. Reginald Birch. Se inclinó hacia mi hijo, le dijo algo que no alcancé a oír y lo condujo lejos del humo y de los cadáveres.

Comprendí entonces la verdadera forma de mi derrota. Jennifer desaparecía entre hombres que la trataban como mercancía. Haytham quedaba bajo la mano del hombre que había ordenado el ataque. Yo había comprado segundos, sí, pero no sabía si había comprado salvación o simplemente había entregado a mis hijos a caminos distintos.

La casa se inclinó. Por un momento creí estar otra vez en cubierta.

No pensé en el oro. No pensé en Torres ni en el Observatorio. Pensé en Caroline junto al muelle, diciéndome que siempre habría otra casa, otro hombre más rico, otra mirada que interpretar como desprecio. Pensé en Mary pidiéndome que cambiara de rumbo. En Thatch riendo entre humo. En Anne cantando para los muertos. En Adéwalé, que

había comprendido antes que yo que la libertad de un hombre carece de valor si se construye sobre las cadenas de otro.

Había querido dejar a mis hijos una fortuna. Les dejaba enemigos, preguntas y un nombre dividido entre dos credos.

No puedo decirlos qué hizo Haytham con todo cuanto intenté enseñarle. No puedo acompañar a Jennifer por la oscuridad que se abre ante ella. Mi historia termina aquí, en el suelo de una casa demasiado firme para salvar a quienes viven dentro.

Pero una vida no queda definida por su última victoria ni absuelta por un sacrificio final. Yo fui un mal marido, un amigo egoísta y un capitán que aprendió demasiado tarde a contar las vidas junto a las monedas. También fui un hombre que cambió. No lo suficiente para borrar el daño. Lo suficiente para comprenderlo y luchar contra él.

Eso es cuanto puede ofrecer la verdad: no limpieza, sino responsabilidad.

El fuego del salón se apaga. La niebla se pega a los cristales. En algún lugar, más allá de Londres y de los años, vuelve a soplar el viento del Caribe. Oigo las velas del Jackdaw llenarse y las voces de los que perdí llamándome desde cubierta.

Esta vez no les pido que esperen.

Me llamo Edward James Kenway.

Fui pirata. Fui Asesino. Fui padre.

Y al final comprendí que ningún credo puede elegir por nosotros, ningún tesoro puede pagar nuestras deudas y ningún hombre es tan libre como para escapar de las consecuencias de su libertad.

El mar devuelve todo.



FIN

Una crónica de El Cronista Errante

El mar devuelve todo.

elcronistaerrante.com